3468

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

DISPENSE USTED,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

D. JOSÉ JACKSON VEYAN.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, 40,—2.°

1873.

24

DISPENSE USTED,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON JOSÉ JACKSON VEYAN.

Estrenado en el Teatro Romea el dia 23 de Abril de 1873.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CAROLINA.....	D.ª A. MARTINEZ.
BLANCA.....	D. FRANCISCONI.
DON LEON.....	D. J. BANOVIO.
CÁNDIDO.....	N. JURDAO.
ENRIQUE.....	E. LOPEZ.
BAUTISTA...	N. N.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lirica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos derepresentacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala lujosamente amueblada. Forillo de jardin: chimenea á la izquierda: ventana á la derecha: puertas laterales y al foro: mesa á la izquierda: canapé á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA, y despues D. CÁNDIDO.

BLANCA. No hay cosa más bonita que las flores; sobre todo, cogidas por una misma en su jardin. (Colocando un ramo sobre la chimenea.)

CAND. Blanca!

BLANCA. Mira, papá.

CAND. Buenos dias, hija mia. ¿Has visto á tu madre esta mañana?

BLANCA. Acaba de vestirse.

CAND. ¿Y no te ha dicho nada?

BLANCA. No. ¿Sobre qué?

CAND. Pero tenía buen humor?

BLANCA. Como todos los dias.

CAND. ¡Demonio! Eso no me inspira mucha confianza.

BLANCA. Por qué?

CAND. Ya sabes que ayer cené fuera. Fuí al banquete de m compañero San Martin. Era un deber...

BLANCA. Es muy justo. ¿Y qué tal?

CAND. Perfectamente. Sólo que le prometí á tu madre que volvería á las once, y olvidé un poco la consigna.

BLANCA. (Riéndose.) Eso es grave.

CAND. Creí entrar sin hacer ruido, pero en el momento en que ponía el pie en el gabinete, oí una voz que me decía: «Las doce y media! mañana hablaremos!» Por eso espero á mi juez.

BLANCA. No tengas cuidado.

CAND. No, porque tu madre es buena en el fondo, aunque algo severa: se figura que está todavía en el año veintiseis.

BLANCA. Mamá es tan buena!... Tiene algunas manías; pero encierra un corazon excelente.

CAND. Eso es que lo digo yo. En fin, ya que estamos solos, lo que no sucede con mucha frecuencia, hablemos un poco de tu matrimonio.

BLANCA. Eso deseo.

CAND. ¿Ese jóven que conocimos el último verano en los Pirineos, te agrada?

BLANCA. Es muy simpático...

CAND. ¿Y te casarías con gusto?

BLANCA. Me parece que sí.

CAND. Enhorabuena! Hoy nos presentará Enrique á su tio... El tio Leon, como él dice, al cual no hemos podido ver todavía.

BLANCA. El pobre ha estado enfermo todo el invierno.

CAND. Hoy se presentará á hacernos su peticion; reflexiona; aún es tiempo. Aunque tu madre está decidida á este matrimonio, si no te conviene... yo me opondré.

BLANCA. Descuida, no tendrás necesidad de oponerte.

CAND. Me alegro. Aprecio tanto la tranquilidad... Aquí está tu madre.

ESCENA II.

LOS MISMOS y CAROLINA, por la izquierda.

BLANCA. Buenos dias, mamá!

CAROL. Buenos dias, hija mia.

CAND. Buenos dias, Carolina!...

CAROL. ¡Buenos dias, caballero!

CAND. (Me guarda rencor por lo de anoche.)

CAROL. ¡Qué es lo que veo! (Reparando en Blanca.) ¡El vestido azul! ¿No habíamos convenido ayer en que te pondrías el rosa?

BLANCA. Sí, mamá, pero luégo...

CAROL. Qué?...

BLANCA. Julia, la doncella, me ha dicho que este azul tiene las blondas más bonitas.

CAROL. La doncella no sabe lo que se dice. El rosa, te repito, que es más elegante.

BLANCA. Pues yo creo que el azul...

CAROL. ¡El rosa!

BLANCA. Pregúntale á papá, y verás...

CAND. No... yo no sé nada. (Me va á comprometer.)

CAROL. Ves, y quítate ese vestido.

BLANCA. Pero mamá...

CAND. Mujer, qué importa...

CAROL. ¡Creo no tendré que repetir!...

BLANCA. Bien, mamá... ya voy. (No, pues yo no me quito el azul.) (Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA III.

CAROLINA y CÁNDIDO.

CAND. Qué cosas tienes!

CAROL. Me parece, caballero, que vuestro banquete os detuvo demasiado. Venir á casa á las doce y siete minutos, habiéndome prometido volver á las doce.

CAND. Creo que tu reloj está adelantado.

CAROL. No señor. Esto me servirá de leccion, y en adelante no asistirá usted á esos banquetes, que casi siempre degeneran en orgías.

CAND. ¡Cómo orgía!... ¡El banquete de San Martin, donde sólo se bebe en los brindis!

CAROL. No trate usted de disculparse.

CAND. Permíteme; tú eres una excelente mujer, pero te conviertes en despota... en tirano. Cuando tu hija se pone el traje azul, le haces ponerse el rosa... Si llevo pantalon de color, me lo haces quitar y poner uno negro.

CAROL. De qué se lamenta usted? Acaso su familia no le trata bien?

CAND. ¡Cá!... Perfectamente!

CAROL. Vuestra agua caliente, no está pronta todos los dias á las siete de la mañana? El café á las ocho?... Jamás falta un boton á vuestra levita.

CAND. Convengo en ello; todo eso está bien y no me quejo, dejándote hacer siempre tu voluntad. Soy conservador de hipotecas; las conservo y no me ocupo de otra cosa.

CAROL. Usted sólo debe cuidarse de lo exterior, pero lo interior me pertenece.

CAND. Ya lo sé, pero es que algunas veces estás demasiado severa... demasiado dura...

CAROL. Decid de una vez que soy insoportable.

CAND. No he dicho tanto; sólo afirmo que cuando das tu opinion la sostienes por encima de todo el mundo.

CAROL. Cuando doy mi opinion la sostengo, si la juzgo buena, y si cambiase sería una tonta.

CAND. Enhorabuena, pero si yo dijese otro tanto, bonito lio íbamos á armar.

CAROL. Quién se lo impide?

CAND. No, así estoy bien. Odio la discusion. Por lo mismo no me he opuesto á que nos vengamos á vivir al barrio de Salamanca.

CAROL. Se ahoga uno en las habitaciones de Madrid. Yo no concibo una casa sin jardin.

CAND. Bien, ese es tu parecer y no trato de contrariarte, pero es muy incómodo para el que tiene que ir á la oficina.

CAROL. Se toma un coche, eso es todo.

CAND. ¿Y cuando no se encuentra?

CAROL. Se busca. Ahí está el tramvía.

CAND. Pero...

CAROL. Basta! En verdad que esta mañana tienes un espíritu de contradiccion excesivo para un hombre que vino anoche á las doce y siete minutos!

ESCENA IV.

LOS MISMOS y BAUTISTA, por el foro.

CAROL. Bautista! Espere usted, tengo que hablarle.

CAND. (Adios, ya le cayó la lotería.)

CAROL. ¿Por qué ha tocado usted el cuadro que está en el salon? Hoy he visto que estaba torcido.

BAUT. Es que al sacudirle el polvo se habrá movido...

CAROL. Y quién le ha mandado á usted que lo sacuda?

BAUT. Nadie, pero...

CAROL. ¿Y si me gusta que estén llenos de polvo?

BAUT. Señora, yo...

CAROL. Marcha y que no vuelva á suceder.

BAUT. Está bien, señora.

CAROL. ¡Marcha! (Váse Bautista.)

ESCENA V.

D. CÁNDIDO y CAROLINA.

CAND. ¡Marchad!... Qué tono! Qué actitud! Parece que soy esposo de un emperador romano.

CAROL. Puede usted decir lo que quiera, pero es necesario tratar á esa gente de ese modo. Enrique no tardará en llegar con su tio y estoy todavía en traje de mañana. Voy á arreglarme. Si no estoy cuando vengan, usted los recibirá... (Váse.)

CAND. Está bien. (Váse Carolina por la izquierda.)

ESCENA VI.

CÁNDIDO, y á poco BAUTISTA, seguido de D. LEON y ENRIQUE, foro derecha.

CAND. Las doce! Ya no deben tardar...

BAUT. Señor! Don Enrique y su tio. (Saliendo por el foro.)

CAND. Que pasen. (Subiendo al foro. Sale D. Leon con abrigo y tapabocas seguido de Enrique.) Señores...

ENR. Don Cándido; mi tio Leon...

LEON. Servidor... Dispense usted que me presente así, pero estoy tan resfriado... (Quitándose el abrigo.)

CAND. No se incomode usted.

LEON. No; aquí no hay corrientes de aire.

CAND. Cúbrase usted.

LEON. Gracias; estoy bien. Siento no haberme presentado ántes, pero amigo, he estado en cama todo el invierno.

CAND. Pero ya, gracias á Dios, se encuentra usted perfectamente...

LEON. Dispense usted; perfectamente, no; mejor. Me alimento con pastillas de goma. (Saca una cajita con retrato.) ¿Usted gusta?

CAND. Gracias. ¡Ah! Bonita figura! Dispense usted, soy admirador... Arrogante jóven!

LEON. Soy yo!

ENR. Es mi tio, á los veinte años.

LEON. ¿Cómo he cambiado, verdad?

CAND. Doy á usted mi enhorabuena.

LEON. ¡Bah! Ahora tengo sesenta años. (Toma la caja.) En aquel tiempo gastaba yo mis magníficos bigotes, y me apellidaban el bello Leon.

CAND. ¡Qué tiempos aquellos! Cuánta conquista y cuánta pobre víctima, eh?

LEON. ¿No está la señora? (Mirando alrededor.)

CAND. No.

LEON. Entónces le contaré una aventura con una jóven de diez y seis años... esbelta... hermosa... una sílfide á quien yo amaba.

ENR. (La aventura de siempre.)

CAND. Ella por su parte...

LEON. Me correspondía. Yo pedí su mano. Era escribiente en casa de un procurador, no tenía fortuna y su padre me plantó en la puerta de la calle...

CAND. ¡Demonio!

LEON. Con mucha cortesía. Me retiré desesperado, hasta que una noche obtuve de ella una entrevista... en presencia de un antiguo criado de la casa; uno de esos fieles servidores que no dudan en vender á sus amos por una moneda de cinco duros. Desgraciadamente fuimos sorprendidos. ¡De repente oimos la voz de su padre que subía la escalera! «¡Soy perdida!...» exclamó la jóven! «Yo tambien,» dijo el criado! No nos quedaba más salvacion que una ventana. ¡Era segundo piso!... Yo no dudé... Un Leon no duda nunca... Apenas llegué al suelo, recibí un tiro!...

CAND. Cáspita!

LEON. Cargado con sal, más doloroso que grave. (Llevándose la mano á la nalga.)

CAND. Ya comprendo.

ENR. ¡Pobre tio!

LEON. En cuanto estuve en estado de montar á caballo, abandoné mi pais... Desesperado me fuí á Buenos Aires, donde me hice rico en pocos años.

CAND. Más vale así.

LEON. Pero no vemos á esas señoras?

ENR. Si ustedes lo permiten, iré á avisarlas...

CAND. Puede usted ir. Yo haré compañía á su tio. (Váse Enrique puerta izquierda.)

ESCENA VII.

D. LEON y D. CÁNDIDO.

LEON. Ya se sabe, en cuanto hablo... (Tosiendo.) Aunque me gusta tanto hablar... (Sigue tosiendo.)

CAND. Es una tos muy mala. Debe ser una inflamacion de los bronquios. Es necesario tomar calmantes...

LEON. Dispense usted que no sea de su opinion. Es simplemente una relajacion de las mucosas y son convenientes los tónicos.

CAND. Si usted lo cree así ..

LEON. El Burdeos y el buen caldo.

CAND. Eso depende de los temperamentos. Yo estuve constipado todo el invierno y el jarabe de Lactucarium me probó perfectamente.

LEON. Estónces no es que estaba usted constipado!

CAND. ¡Ah, no; dispense usted que...

LEON. Dispense usted tambien. No es suficiente toser para decir que estoy constipado. Yo sí lo estoy, pero usted lo que tuvo fué un reuma complicado.

CAND. Bien; no discutamos.

LEON. Hace usted bien. He estudiado la cuestion. (Pausa.)

CAND. Siento mucho, caballero, que no haya usted podido acompañar á su sobrino este verano en los Pirineos. Hubiéramos tenido el gusto de conocerle más pronto.

LEON. El gusto fuera mio...

CAND. Ademas, es un magnífico viaje. Qué país tan hermoso el de los Pirineos!

LEON. Dispense usted que no sea de su opinion!

CAND. Ha estado usted allí?

LEON. No, pero me lo figuro. Aquellos páramos de nieve!... ¡País estéril é insalubre!...

CAND. ¡Ah! Pero aquellas montañas!... ¡Aquellos torrentes!...

LEON. ¡Las montañas!... ¿Y qué es una montaña?... Una deformidad de la naturaleza... una protuberancia que es necesario subir ó bajar... lo cual es bastante molesto.

CAND. Es verdad, pero...

LEON. ¿Pues y los torrentes?... Agua sucia que produce la nieve fundida, y que oculta á veces en su fondo los más graves peligros.

CAND. Sí, pero bajo el punto de vista es pintoresco...

LEON. Si hablase usted de la Suiza! ¡Aquello sí que es pintoresco! ¡Qué país! ¡Qué montañas! ¡Qué torrentes!

CAND. ¿Pues no decía usted?...

LEON. ¡Yo!... Yo encuentro eso magnífico... En Suiza; porque la Suiza!... Qué pais!... Qué praderas!... ¡Qué animales! Qué pastos!... Por más que usted se ría!...

CAND. No; si yo no me río!...

LEON. Aquello es sublime!... Pero los Pirineos!... No me hable usted de los Pirineos.

CAND. No digo lo contrario. (Es original!) ¿Ya hará mucho tiempo que dejó su estudio de procurador?

LEON. Doce años próximamente.

CAND. Es una bella profesion. Libre... independiente...

LEON. Dispense usted que no sea de su opinion.

CAND. (Todavía!)

LEON. ¡Ocuparse siempre de reclamaciones... de procesos... de intereses que le son ajenos; oir refunfuñar á los litigantes y llorar á las mujeres que quieren separarse!...

CAND. ¡Claro!... si es una ocupacion molesta y...

LEON. Dispense usted; no soy de su opinion!

CAND. ¿Qué?

LEON. Es una profesion molesta aquella que no reporta ninguna utilidad á sus semejantes... ¡Pero el abogado!... El abogado puede prestar grandes servicios á la humanidad!... ¡Conciliar los intereses... unir los matrimonios!... ¡Ah!... Es una excelente profesion!

CAND. Entónces, caballero, varía usted de opinion...

LEON. Nunca. Cuando doy mi parecer, lo sostengo si lo juzgo bueno, y si cambiase sería un necio.

CAND. (Exactamente lo mismo que mi mujer.) Y cuándo saldrá? (Mirando á la izquierda.)

LEON. Esta diferencia de pareceres no turbará por un momento nuestras buenas relaciones y el aprecio recíproco.

CAND. De ninguna manera!... (Éste y mi mujer de seguro se arañan.) Aquí vienen las señoras.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, DOÑA CAROLINA y BLANCA seguidas de ENRIQUE, puerta izquierda.

ENR. Mi tio. (Presentándole. Leon saluda.) La señora y señorita de Amable. (Presentándolas.)

CAND. Mi mujer y mi hija.

LEON. La flor y el capullo.

CAND. Dispense usted que le hayamos hecho esperar...

LEON. ¡Ah, no! Dispense usted, señora. Soy yo el que debe pedir perdon. Hace tiempo que debí haceros mi visita; pero el hombre propone... y el constipado... esta es hoy mi primera salida...

CAROL. Y la dedica usted á nosotras... Viene usted á este pobre nido...

LEON. Un nido magnífico... El jardin me ha parecido delicioso.

CAROL. Es pequeño, pero se respira...

LEON. No comprendo una casa sin jardin...

CAROL. (Ap. á Cándido.) (¿Ves?... Lo que yo decía.) ¡Pero siéntese usted!...

LEON. (Sentándose.) Mil gracias. No estoy fatigado.

CAROL. Esto está un poco lejos de Madrid. (Enrique y Blanca hablan aparte.)

LEON. Un paseo, y si no se toma un coche.

CAROL. (Ap. á Cándido.) (Ves? Lo que yo decía?)

LEON. Tiene usted un vestido precioso. El azul le sienta á usted admirablemente.

BLANCA. Muchas gracias. (Ves, mamá.)

CAROL. (Claro, lo que yo te decía.) (Ap. á Enrique.) Vuestro tio es delicioso. Pero estais sofocado por el calor... teneis necesidad de refrescar. (Blanca abre la ventana.)

CAND. Un vaso de cerveza... Eso le calmará.

LEON. Dispense usted: la cerveza no calma, ántes por el contrario.

CAND. Sin embargo, creo...

CAROL. Basta! Qué espíritu de contradiccion! (Muy marcado.)

LEON. Quiero algo de más sustancia. Eso sí que calma.

CAND. Voy á acompañarle.

LEON. No se moleste usted... Enrique me indicará el comedor.

CAROL. (Tocando la campanilla.) Bautista les enseñará...

BAUT. (Saliendo.) ¿Qué manda usted, señorita?

CAROL. Conduce á estos señores al comedor...

BAUT. Cuando ustedes gusten.

ENR. Vamos, tio.

LEON. Con permiso...

CAROL. Usted lo tiene.

LEON. Adios. (Le da la mano á Carolina, y vánse puerta derecha.)

ESCENA IX.

DOÑA CAROLINA, BLANCA y D. CÁNDIDO, á poco ENRIQUE.

CAROL. Es un hombre muy simpático!

BLANCA. Qué amable!

CAROL. Y qué figura. ¡Las maneras del antiguo cortesano!

CAND. Como que fué escribiente de un procurador en la córte.

CAROL. Sin embargo, ha sabido hacerse rico.

BLANCA. Aquí está Enrique.

CAROL. Y vuestro tio?

ENR. Queda en el comedor. Está encantado de usted.

CAROL. ¡Cómo! ¿Ha hablado de mí?

ENR. No cesa de elogiarla. Le parece usted una mujer encantadora, llena de juicio, de prudencia...

CAND. ¿Y de mí, no ha dicho nada?

ENR. Francamente, usted le agrada tambien, pero dice que es muy amigo de contradecir todo lo que se discute.

CAND. Yo!

CAROL. Y qué verdad es! Cómo ha conocido tu defecto. Es observador como todos los hombres distinguidos!

CAND. Te aseguro que yo no...

CAROL. ¡Contradecir á tan excelente hombre, en nuestra casa, y en una circunstancia tan crítica!

CAND. ¡Pero si no le he dicho una palabra!

CAROL. Empeñado en que habia de tomar cerveza, cuando sólo quería una taza de caldo.

BLANCA. Claro!

CAND. ¡Pero!...

CAROL. ¡Esto no tiene nombre! Silencio! Héle aquí.

ESCENA X.

LOS MISMOS y D. LEON, puerta derecha.

LEON. Señora, vuestro cocinero confecciona admirablemente el caldo.

CAROL. De veras? Le ha encontrado usted bueno?

LEON. Excelente!

ENR. Tio! Usted tendrá que hablar con la señora...

LEON. ¡Yo!

ENR. (Hé aquí el momento de hacer la peticion.)

LEON. (Es verdad. Llévate á la chica.)

ENR. Nosotros les dejaremos. (Llevándose á Blanca.)

CAROL. (Acompáñelos usted. No está bien que vayan solos. Ademas, con su carácter quisquilloso va usted á embrollarlo todo.)

CAND. (No deseaba otra cosa. Que ellos se arreglen.) Propongo un paseo por el jardin.

ENR. Está bien. (Vánse foro derecha.)

ESCENA XI.

DOÑA CAROLINA y D. LEON.

CAROL. Si viese usted cuánto es mi sentimiento.

LEON. Por qué, señora?

CAROL. Por haberle arrancado apenas convaleciente de su vida tranquila.

LEON. Es un deber, señora, y esta benévola acogida me causa un placer.

CAROL. De veras?

LEON. Sólo siento no haberos ofrecido ántes mis respetos, porque á su lado, señora, se pasa el tiempo sin sentir

CAROL. Está usted muy lisonjero...

LEON. Es justicia... nada más que justicia.

CAROL. Gracias. (Qué atento es.)

LEON. Si á usted le parece hablaremos del objeto que me conduce aquí.

CAROL. Creo que nos entenderemos fácilmente.

LEON. Hablaremos pues del matrimonio de los muchachos.

CAROL. Corriente.

LEON. Yo, como tio de Enrique, me presento... ¡Ya sabe usted que un tio es á veces más que un padre!...

CAROL. Ah! no; eso es exagerar demasiado!...

LEON. Dispense usted, señora!... No retiro la palabra. He observado que los tios no son considerados en la sociedad, y sin embargo, podría citar mil ejemplos de cuidado, de solicitud, por parte de...

CAROL. Bien, pero usted ha dicho que un tio era muchas veces más que un padre...

LEON. Dispense usted, señora, he dicho *algunas*, y no *muchas* veces.

CAROL. Bien; es lo mismo.

LEON. No; dispense usted: algunas veces quiere decir, de tiempo en tiempo... raramente; mientras que muchas veces... significa... muchas veces. Yo decía que un tio es *algunas* veces más que un padre.

CAROL. Es que yo no puedo admitir eso!...

LEON. Dispense usted, señora!

CAROL. (¡Jesús! Qué pesado está con su... «Dispense usted, señora.»)

LEON. Cuando yo digo una cosa no la digo ligeramente; y la pruebo. Que un padre ame á sus hijos; se encargue de su educacion, no hace más que cumplir con su deber... ¡Pero un tio que, en resúmen, sólo debe á su sobrino una felicitacion al cabo del año, que le adopte, le de carrera, cuando nada le obliga, es grande, sublime; porque sepa usted que ninguna ley natural ni social le obliga...

CAROL. Sin duda, pero...

LEON. ¡No me interrumpais! Es bello, generoso, y me fundo al decir que un tio es algunas veces más que un padre.

CAROL. ¿Por qué no dice tambien que un tio es más que una madre?

LEON. Yo no trato de hacer descender á la madre de su pe-

destal.

CAROL. ¡Milagro!

LEON. En fin; eso es indiferente. Hemos abandonado lo interesante, que es lo de la boda...

CAROL. Sí; hablemos del matrimonio.

LEON. Bien, pues sepa usted que... Pero qué frio es este. . ¡Demonio; una ventana abierta!

CAROL. Dispense usted, no lo había advertido... (Va á cerrarla.)

LEON. Es lo que más temo. Estas corrientes de aires... ¡Hola! Todavía usa usted esta clase de cortinajes? Son ya muy antiguas estas telas.

CAROL. Pues no hace mucho tiempo que las compré...

LEON. Dispense usted, señora: hoy se fabrican superiores.

CAROL. No he reparado.

LEON. Apenas se usa ya el damasco.

CAROL. No; permita usted. Estas precisamente las compré hace muy poco tiempo.

LEON. Dispense usted, señora, las de tapicería son más de moda. Cuestan más caras...

CAROL. Imposible. Este damasco es á cuarenta y seis reales vara, mientras que la tapicería...

LEON. Dispense usted, señora; es la tapicería la que vale á cuarenta y seis, pero el damasco solo cuesta á cuarenta.

CAROL. Pues repito que es todo lo contrario. ¡Son cuarenta y seis!

LEON. Cuarenta! (Tirando de la cortina, que se queda con ella en la mano.)

CAROL. ¡Cuarenta y seis! Si lo pagué esta mañana. (Quedándose con la cortina del otro lado en la mano.)

LEON. Dispense usted, señora. Esta mañana lo pagué yo tambien!...

CAROL. No sé donde he metido la cuenta.

LEON. ¡Aquí debo tener la mia!

CAROL. ¡Es imposible!

LEON. ¡Cuando yo os lo digo!...

CAROL. Voy á buscarla... Quiero convenceros de... Ya verá

usted cómo son cuarenta y seis.

LEON. ¡Cuarenta!

CAROL. ¡Vamos á verlo! (Váse puerta izquierda.)

ESCENA XII.

D. LEON y á poco ENRIQUE.

LEON. Se aferró la mamá en que...

ENR. (Saliendo por el foro.) Y bien, tio?

LEON. ¡Ah!... Tú aquí?... Llegas á tiempo... Á cómo cuesta esto? (Cogiendo la cortina de la ventana.)

ENR. Por qué?

LEON. ¡Cuarenta reales, hombre, estoy bien seguro!

ENR. Pero y la señora...

LEON. En seguida vuelve. Ha ido por la cuenta.

ENR. ¡Qué cuenta!

LEON. Yo no puedo encontrar la mia! (Buscando en todos los bolsillos.) La pagué esta mañana.

ENR. Pero de qué habla usted?

LEON. Nada!... Mi caja... mi pañuelo... mis guantes... *La Igualdad... El Papelito* (Va sacando todos los objetos y poniéndolos sobre la mesa.) ¡Ah! Aquí dentro hay un papel!... Este es!... Veamos... ¡Damasco, cuarenta reales... Tapicería, cuarenta y seis. ¡Á ver, que venga ahora á decir!...

ENR. Pero tio, está usted loco? No ha tratado de lo interesente? Y su comision?

LEON. ¡Qué comision!

ENR. La del casamiento.

LEON. ¡Demonio! Es verdad. Yo la empecé, pero amigo, dijo que el damasco costaba á cuarenta y seis reales, y me olvidé...

ENR. Pues está bien.

LEON. Ahora en cuanto vuelva...

ESCENA XIII.

LOS MISMOS y D. CÁNDIDO, por el foro.

CAND. ¡Calle!... No está mi mujer!

LEON. (¡Hola! El marido. Es lo mismo.) Caballero, un tio es algunas veces más que un padre...

CAND. (Admirado.) Bien... ¿y qué?

LEON. ¿Qué me contesta usted?

CAND. Hombre... yo... no digo nada. (Lo mejor es no contrariarle.)

LEON. Creí... Pues bien, caballero, es más que un padre, y yo, como tio de Enrique, tengo el honor de pedirle la mano de su hija.

ENR. (Bajo á D. Leon.) (Muy bien!)

CAND. Agradezco vuestra súplica... Ella nos honra demasiado... pero esto del matrimonio es cuestion del interior... y pertenece á mi mujer... Precisamente viene aquí...

ESCENA XIV.

LOS MISMOS y DOÑA CAROLINA.

LEON. Señora... ¡Un tio!...

CAROL. Héla aquí... ya la encontré. (Enseñándole la cuenta.)

LEON. ¿El qué?

CAROL. ¡La cuenta! «Damasco, cuarenta y seis reales.»

LEON. Dispense usted, señora! (Sacando la suya.) «Damasco, cuarenta.»

CAND. (Pero qué diablos tienen?)

LEON. Eso prueba que su tapicero le roba miserablemente!... Le recomiendo á usted el mio.

CAROL. No lo necesito!

ENR. (Pero tio!... ¿Y el matrimonio?)

LEON. (Es verdad!... Déjanos!)

ENR. Señora, ahí se queda usted con mi tio. Tiene que tratar

con usted un asunto que interesa mucho á mi felicidad. Supongo le oirá usted con benevolencia.

CAROL. Yo se lo prometo... por usted, caballero Enrique. (Váse Enrique.)

ESCENA V.

DOÑA CAROLINA, D. LEON y D. CÁNDIDO.

CAROL. Puede usted empezar, caballero.

LEON. Señora, un tio... Dispense usted, me olvidaba... Tengo el honor de pedirle la mano de su hija.

CAROL. Nosotros apreciamos en lo que se merece... el alto honor...

LEON. Dispense usted, señora!...

CAROL. ¡Todavía!...

LEON. El honor es nuestro... eso es lo que iba á deciros.

CAND. Es para los dos.

LEON. No hablaré del carácter de mi sobrino... ¡Es el mio!

CAND. (Lo siento.)

LEON. Le doy un millon de dote. Ya veis que para un tio... Á mi muerte puede esperar otro tanto.

CAROL. Puede usted creer, caballero, que no es el interés el que nos guía...

LEON. Dispense usted, señora...

CAROL. Pero quereis dejarme hablar! Siempre me interrumpis con vuestro... «Dispense usted, señora.»

CAND. (Carolina!) (Ap. á ella.)

LEON. Está bien; no diré una palabra. ¡Ah!... Permitid que añada una sola, que espero será bien acogida. Ademas del millon les daré á los novios una habitacion en mi casa...

CAROL. ¡Qué!

LEON. ¡Con la mesa por supuesto!

CAROL. Pero no comprende usted que ya teníamos una habitacion aquí para ellos...

LEON. Dispense usted, señora!

CAROL. Ademas, que mi hija no me abandonaría...

LEON. ¡Dispense usted!...

CAROL. Jesús! Por favor, cambiad de frase. Esa palabra me exaspera... me subleva!

CAND. (¡Mujer!) (Ap. á Carolina.)

LEON. Calma!... Es inútil incomodarse... Razonemos... La discusion es la luz... como dijo... no sé quién. Aunque su hija se marche, le queda á usted su marido.

CAROL. ¡Ay! Mi marido!... (Suspirando.)

CAND. Gracias.

LEON. Mientras que yo... yo estoy completamente solo. No tengo á nadie más que mi sobrino, y creo no es extraño trate de que me acompañe.

CAROL. Usted no lo cree extraño, pero yo sí. De modo que no acepto.

LEON. Pero...

CAROL. ¡Jamás!

LEON. Permitid al ménos...

CAROL. Yo no permito nada!... Ó conmigo ó no hemos dicho nada.

LEON. Basta. Yo cedo algunas veces á la dulzura... á los ruegos... pero á la fuerza... al despotismo... ¡Jamás! Bajo esas condiciones no puedo permitir que mi sobrino...

CAROL. Estamos muy léjos de obligaros... (D. Leon toma su abrigo.)

CAND. ¡Cómo!... ¿Se marcha usted?

LEON. Me vuelvo á Madrid.

CAROL. Como usted guste.

LEON. ¡Señora!... Caballero! Pueden ustedes disponer del que siempre será su más humilde servidor. (Váse foro derecha.)

ESCENA XVI.

DOÑA CAROLINA y CÁNDIDO.

CAROL. ¡Al fin se manchó!... Gracias á Dios!...

CAND. Has estado muy dura con él!...

CAROL. ¡Más ha estado él conmigo! Su carácter me exaspera!

CAND. Pero y los pobres muchachos, ellos no tienen la culpa...

CAROL. Ya se consolarán!... Tengo los nervios en un estado!... «*Dispense usted, señora!*» Esto es insufrible! (Se deja caer en una silla al lado de la mesa, y ve la caja que dejó olvidad. D. Leon al sacar los periódicos, etc.) ¡Qué es esto!

CAND. ¿El qué?

CAROL. ¡Dios mio!... Este retrato!... Es Leon!

CAND. ¿Leon?... Y quién es ese Leon?

CAROL. ¡Nadie! Yo no he nombrado á ningun Leon!... He dicho, qué bonito medallon!...

CAND. Pues yo entendí perfectamente...

CAROL. ¡Ay, caro amigo! ¡Esta caja!... De dónde ha venido?.. Á quién pertenece?...

CAND. No sé. (¡Demonio! Si será mi mujer la de la aventura!...)

CAROL. No puedes creer el placer que experimento!...

CAND. ¿Sí, eh?...

CAROL. Esta cabeza despierta en mí unos recuerdos!...

CAND. ¿Pero qué recuerdos?...

CAROL. No puedes adivinarlo!... Recuerdos de la niñez... tan dulces... tan agradables... Porque si tú supieras... Yo tengo necesidad de estar sola... de reir... de llorar... ¡Gracias... amigo, gracias!... (Váse conmovida por la puerta izquierda.)

ESCENA XVII.

CÁNDIDO y despues ENRIQUE.

CAND. ¡Y lo besa!... Está bien... Nada: ella es sin duda la. del... ¡Claro!... Me alegro de que el señor tio de Enrique se haya marchado... Aquella jóven esbelta, por la cual se arrojó por la ventana, era mi mujer... Gracias á que ya hace mucho tiempo... ¡Ya ha llovido desde aquella época!... no volverán á verse!...

ENR. Y bien? terminó la entrevista.

CAND. (¡Pobre muchacho!) Sí, amigo mio: todo concluyó!

ENR. ¡Por fin soy dichoso!...

CAND. ¡El matrimonio se desbarató!

ENR. ¡Cómo! ¡Qué dice usted!

CAND. Su tio no se ha entendido con mi mujer!

ENR. ¡Que no se han entendido! ¿Pero sobre qué?

CAND. Sobre nada. Sobre vuestra futura residencia... sobre el damasco... qué sé yo!

ENR. Yo quiero verlos... convencerlos...

CAND. Es inútil. Su tio se ha marchado.

ENR. ¿Se marchó?...

CAND Negando su asentimiento. Por su parte, tambien mi mujer negó el suyo. Es la única cosa en que han estado de acuerdo.

ENR. Mi porvenir!... Mi dicha! ¡Todo perdido!...

CAND. (Pobre muchacho! Me causa lástima!) Tengo un consejo que darle á usted.

ENR. Cuál?

CAND. Que busque á su tio en seguida.

ENR. Al ménos, no me negará usted que dé el último adios á su hija?...

CAND. Yo no debo permitir!...

ENR. Es imposible que yo me vaya así!...

CAND. (Claro! Es imposible que se vaya así.)

ENR. Todo fué un sueño!... Su amor... el mio! ¡El de los dos! ¡Qué desgraciado soy!... Sólo deseo la muerte!...

CAND. (El caso es que me va á hacer llorar.) Vamos, venga usted. Le conduciré á su presencia... pero sobre todo, nada de lágrimas... ni de frases sentimentales... ni suspiros!... ¡Tenga usted valor y resignacion... como yo. (Llorando.)

ENR. ¡Ah señor!

CAND. ¡Todo sea por Dios! (Vánse puerta izquierda.)

ESCENA XVIII.

DOÑA CAROLINA, con la cajita, y D. LEON á poco por el foro.

CAROL. ¡Éste es!... ¡Héle aquí, con sus hermosos bigotes, y su

rostro pálido!... Esforzado jóven, que no temiste lanzarte desde un segundo piso!... Pereció víctima de su amor!... Pobre Leon! (Le besa con emocion.)

LEON. Apenas anduve cien pasos, noté que se me habia olvidado mi caja de pastillas... (Sin reparar en Doña Carolina, que estará de espaldas al foro.) ¿Calle, está aquí la mamá! ¿Y tiene mi caja! (Reparando en ella.) Dispense usted, señora!...

CAROL. Todavía usted con esa palabra?

LEON. Sí: olvidé mi caja...

CAROL. ¡Es de usted!

LEON. ¡Sí señora! como que tiene mi retrato!

CAROL. ¡Vuestro retrato!... ¿Esta figura?...

LEON. ¡Yo tenía entónces veinte años!

CAROL. Usted es entónces!... Ah, no! ¡No es posible!

LEON. ¿Qué le pasará?

CAROL. ¡Caballero, responda usted! ¿Qué es lo que le pasó á usted la noche del veinte y cuatro de Setiembre de mil ochocientos veintiseis?

LEON. ¿Habla usted de aquella en que tuve que arrojarme por una ventana?

CAROL. ¡Al oir la voz de mi padre que subía la escalera!...

LEON. ¡De vuestro padre!

CAROL. ¡Leon!...

LEON. ¡Carolina! (Se abrazan.)

CAROL. Eres tú?... Es posible?... Pero y el tiro?... Te creía muerto.

LEON. Herido solamente. (Llevándose la mano á la nalga.)

CAROL. ¡Pobre Leon!

LEON. ¡Pobre Carolina!

CAROL. (Cómo ha variado.)

LEON. (Cómo ha envejecido!)

CAROL. ¡Estás fatigado!

LEON. Es el reuma! (Y que me tirára yo desde un segundo piso por esta abuela!)

CAROL. ¿Y qué hicistes despues?

LEON. Me hice abogado. Pasé á América...

CAROL. Y has hecho fortuna.

LEON. La suerte me protegió.

CAROL. ¿Y has permanecido soltero; no entregastes tu corazon á nadie? Ah! gracias!

LEON. No hay de qué. (Sigue todavía tan romántica, á pesar de su pelo blanco!)

CAROL. ¡Leoncito!... Te acuerdas cuando nos conocimos en el baile de Peña-Hermosa?

LEON. Sí que me acuerdo.

CAROL. Cuando entré en el salon, estabas al piano, y cantabas...

LEON. Sí; es verdad. Yo entónces cantaba; hoy toso. (Tosiendo.)

CAROL. Qué bonita voz tenías?...

LEON. ¡Una voz del año mil ochocientos veintiseis!

CAROL. Luégo, cantamos juntos aquello de...

LOS DOS. (Cantando.)

Pajarito que alegre cantabas
en el árbol con tanto primor:
cese, cese tu canto sonoro
mientras duerme y reposa mi amor,
etc., etc.

LEON. Ah! qué bello!

CAROL. ¡Alcanzamos un triunfo! Aquella noche llevaba yo un vestido verde y una corona de rosas blancas en la cabeza!

LEON. Sí, es verdad; de rosas blancas. (Fijándose bien en los rizos blancos de Carolina.) Parece que las estoy viendo todavía! Qué hermosa estabas!...

CAROL. ¡Calla! ¡Me avergüenzas!...

LEON. ¡Es verdad! si nos viese tu marido!

CAROL. ¡Mi marido! ¡Ay!

LEON. ¡Ay!

CAROL. ¡Qué tiempos aquellos! Entónces no decías: *dispense usted, señora!*...

LEON. No: entónces te decía cositas más dulces.

CAROL. Sí, sí; entónces los jóvenes teníamos más graci . Los de hoy son tan graves!...

LEON. Cuando bailan, no se mueven siquiera.

CAROL. En cambio nosotros hacíamos unos pasos! Me hechizabas cuando hacías aquel solo en el rigodon. (Imitándole, y haciendo algunos pasos de baile.)

LEON. Pues y tú, cuando hacías aquel balance!... (Imitándole tambien y bailando.)

CAROL. ¡Leon!

LEON. ¡Carolina!

LOS DOS. ¡¡A!! (Quedando en actitud y abrazados.)

ESCENA XIX.

CAROLINA, LEON y CÁNDIDO.

CAND. ¡Caracoles!

LEON. ¡Dispense usted!

CAROL. Dios mio!

LEON. Dispense usted...

CAND. ¡Ya no dispenso más! Mi mujer en sus brazos!

CAROL. Cándido...

CAND. Ya no soy Cándido. Demasiado lo he sido.

LEON. Caballero...

CAND. Qué?

LEON. Esta señora... es una señora.

CAND. Y qué?

LEON. Y yo... soy un caballero.

CAND. Me alegro.

LEON. Soy... Leon!

CAND. Y yo un tigre cuando llega el caso.

LEON. Basta. Nos veremos!

CAND. Cuando usted quiera.

CAROL. Un duelo. Ay! ay! (Cayendo desmayada en brazos de Leon.)

LEON. Dispense usted, señora. (Echándola en brazos de Cándido.)

CAND. Señora, dispense usted. (Rechazándola, y Carolina cae en brazos de su hija y Enrique, que salen por el foro.)

ESCENA XX.

LOS MISMOS, BLANCA y ENRIQUE.

BLANCA. ¡Ay, mamá!

LEON. Aquella jóven por quien yo me arrojé por la ventana...

CAND. Qué?

LEON. Era vuestra mujer.

CAND. Horror!

LEON. Pero considere usted: cincuenta y ocho años ella... y yo sesenta y seis... ciento veinte y cuatro años entre los dos...

CAND. Es verdad.

LEON. Que no se enteren los chicos.

CAND. Tiene usted razon.

CAROL. (Ay, Cándido, yo...

CAND. Que está tu hija delante.)

BLANCA. Pero qué ha sido ello?

CAND. Nada. Los nervios.

CAROL. Sí, los nervios.

LEON. Todo se arregló.

ENR. De veras?

CAROL. Sí, queridos; estamos de acuerdo.

LEON. Habitareis aquí. En cuanto á mí, vendré á veros todos los dias.

CAROL. Es que yo no puedo consentir.

LEON. Dispense usted, señora.

CAROL. Nada, lo dicho. Usted es solo y no tiene familia; por consiguiente vivirán en su casa. ¡Así lo quiero!...

LEON. ¡Pues yo no!...

BLANCA. (Ay, Dios mio!)

ENR. (Todavía se van á embrollar!) Ya habrá un medio de conciliarlo todo.

CAROL. Cuál?

BLANCA. Sí, tio mio: veniros con nosotros!...

CAND. ¡No; que no venga!

CAROL. Eso es imposible.

LEON. ¡Del todo imposible!

ENR. Pues nada; viviremos seis meses en casa del uno, y seis en la del otro.

LEON. Corriente. Acepto.

CAROL. Yo tambien.

LEON. Acabamos por entendernos.

CAND. (No deja de inquietarme...)

BAUT. El almuerzo está servido!

CAND. Vamos!

CAROL. Usted falta... Le esperamos.

LEON. Dispense usted, señora!...

CAROL. ¡Todavía!...

LEON. Que la ofrezca mi brazo. (Dándole el brazo.)

CAROL. Bien; pero ántes es preciso...

CAND. Público...

LEON. Qué va usted á hacer? Dispense usted.

CAROL. No: yo.

LEON. Yo debo hacerlo.

CAROL. No.

LEON. Sí.

CAROL. No.

ENR. Pero hombre...

CAND. Pero mujer...

CAROL. Que ha de ser.

LEON. Que no ha de ser.

CAROL. Público...

LEON. Veré colmada...

CAROL. Mi dicha...

LEON. Si es que te agrada...

CAROL. Esta pieza...

LEON. Este juguete...

CAROL. Y me pones...

LEON. En un brete...

LOS DOS. Si no das una palmada.

(Tapándose la boca el uno al otro, hasta que por fin dicen el último verso é la vez.)

FIN.

ıumento á la adicion al Catálogo de EL TEATRO de 1.° de Octubre de 1872.

ITULOS DE LAS OBRAS.	Actos.	Prop. que corresponde
infierno en coche.....	1	Todo.
mas del tio!.....	1	Id.
as del munda..... ...	1	Id.
›ense usted.....	1	Id.
vale pájaro en mano..,	1	Id.
ser tímido.....	1	Id.
ar por hambre.....	1	Id.
broma conyugal.....	1	Id.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	Actos.	Prop. que corresponde
La creacion refundida.....	3	Libro.
La gran jugada.....	3	Todo.
La independencia española.	3	Id.
Pascuala.....	3	Id.
La hija del mar.....	4	Id.
Pescar en seco.....	1	L. y M

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.